



ENTREVISTA



Oliva Blanco  
Alfonso G.-Calero

# José Antonio Marina: la inteligencia moral

**E**l estudio de la Inteligencia es el asunto central de lo que queda de siglo. La inteligencia deja de ser una habilidad para convertirse en la función de supervivencia del ser humano. Lo que no es muy inteligente es un comportamiento que lleve a la destrucción». Quien así habla es José Antonio Marina. Profesor de Ética en un Instituto de Bachillerato en la provincia de Madrid, estudioso de la teoría de la Inteligencia y premio Anagrama de Ensayo 1992 por su libro *Elogio y refutación del ingenio*. Ya en prensa estas páginas, nos llega la noticia de la concesión a José Antonio Marina del Premio Nacional de Ensayo 1993.

Toledano, nacido en 1939, abandonó pronto la docencia para dedicarse a la investigación teórica y posteriormente vivió de la horticultura. Hace pocos años ha vuelto a la enseñanza, que ahora compagina con sus investigaciones sobre la inteligencia.

P.—¿Están todos los investigadores de acuerdo en la definición de la inteligencia?

R.—Mi preocupación principal en estos momentos es la teoría de la inteligencia. Se trata de ver cómo funciona la cabeza de los creadores, que es tanto como decir cómo funciona la cabeza de todos. Hay un cambio de concepto en la manera de considerar lo que es la inteligencia. Hasta ahora, los especialistas no nos hemos puesto de acuerdo para definirla. En los años treinta hubo un congreso para definirla y no se llegó a ninguna conclusión unánime. Poco después uno de los participantes en aquel congreso, que tenía mucho prestigio, llegó a decir: «Inteligencia es lo que miden los tests de inteligencia». Eso es una salida de pata de banco. ¿Cómo vamos a saber lo que es un test de inteligencia, si no sabemos lo que es la inteligencia?

Nosotros medimos cosas, habilidades, que, por sentido

común, podemos decir que tienen que ver con la inteligencia. Si alguien es capaz de hacer un razonamiento, de completar una serie a la que le falta algún elemento, si puede reconocer unos dibujos, etc., todo eso puede considerarse una manifestación de inteligencia. Durante una época todo pasaba por los tests, si una persona los superaba era inteligente y si no, no lo era. Esto, ahora, ha caído en descrédito porque con esa fórmula sólo se medían habilidades muy concretas y resultaba que había discrepancias muy grandes entre los resultados de los tests y los resultados académicos o escolares de un alumno y la manera como esa persona se comportaba en su vida. De tal modo que gente con malas calificaciones académicas resultaban ser grandes personalidades en tal o cual disciplina. Y, a raíz de eso, los psicólogos empezaron a ver que allí había algo que no casaba. Si medíamos la inteligencia en abstracto debíamos medir también la inteligencia de tipo práctico.

Detrás de lo que estamos ahora todos es de lograr una definición de inteligencia que esté relacionada con las grandes finalidades de la vida. La inteligencia es la gran función adaptativa que tenemos los humanos. Pero para adaptarnos a algo tenemos que saber los fines, los valores a los que queremos adaptarnos. De modo que la Inteligencia no son ya sólo unos mecanismos o habilidades para hacer cosas sino que la pregunta es, con todas esas habilidades, cómo dirijo yo mi vida hacia los objetivos que deseo.

P.—Lo que distingue el ingenio de la razón es, entonces, el componente ético que sí tiene esta última, ya que, según dice en su libro, el ingenio se niega a tener ese componente ético.

R.—La inteligencia puede hacer muchas cosas pero tiene, sobre todo, dos funciones muy importantes: una,

conocer la verdad de lo que nos rodea. Porque la verdad no es un lujo, necesitamos saber qué pasa a nuestro alrededor para ajustar a ello nuestro comportamiento. La segunda función es más curiosa, es la de inventar posibilidades diferentes con los elementos que se nos muestran en la realidad.

La realidad es lo que es en sí misma más lo que nosotros podemos hacer que sea mediante los proyectos o planes que elaboramos. Eso pasa también con la persona. Al ser inteligentes podemos desarrollar en nosotros muchas posibilidades: aprender unas cosas u otras, hacer o no unas u otras cosas. En el momento en que la inteligencia nos obliga a elegir entre unas cosas y otras, esto nos conduce a la ética, porque ética es lo que uno piensa cuando se plantea qué comportamiento debe seguir ante un hecho u opción determinada.

Durante todo este siglo, se pensaba con frecuencia que el someterse a reglas no era creador. Gran parte de la filosofía y del arte han eludido someterse a reglas y al no hacerlo se crea una forma de actuación que es el ingenio. El ingenio cree que la única posibilidad de crear está en alejarse de las normas, de la seriedad, etc.

P.—¿Qué diferencias hay entre inteligencia y razón?

R.—La palabra inteligencia es más amplia que la palabra razón y ésta es una especialización de aquélla. Por ejemplo, una de las cosas que hace la inteligencia es inventar hipótesis. Esto no es un comportamiento estrictamente racional, en el que se va desde unas premisas hasta una conclusión. Es algo previo a la razón. La razón es menos inventiva; va de lo conocido a lo conocido, por eso las matemáticas son más racionales. En cambio, la invención del fonógrafo, por ejemplo, no se puede atribuir a un acto de razón, pero sí fue un acto inteligente. Se trata de un juego de adivinaciones, de suposiciones de sucesivas comprobaciones. Dentro de la inteligencia está todo el juego de los sentimientos. Hay sentimientos más o menos inteligentes. Una de las grandes creaciones de la inteligencia humana es haber logrado sentimentalizar la sexualidad. Lo que consigues con esto es unificar dos movimientos que aparentemente van en dirección contraria. La sexualidad va de lo genérico a lo genérico. Un macho se siente atraído por una hembra, y ello es una función impersonal. Y el sentimiento va justo en el sentido contrario, hacia lo personal: me gusta o quiero a esta persona y no a aquella otra. El que se hayan podido unificar estas dos tendencias tan opuestas dentro de una forma unificada de comportamiento, la sentimentalización de la sexualidad, me parece un invento de la inteligencia humana, no tanto de la razón.

P.—Es curioso, pero leyendo el libro no hay una sola cita de mujeres ingeniosas.

R.—Sí, en efecto, porque las mujeres no han valorado mucho el ingenio. Estoy seguro, por mi experiencia, que la mujer desconfía del ingenio porque la mujer está mejor integrada en la realidad que el hombre. Como el ingenio, en gran parte, es una huida de la realidad, la mujer, más realista, siente un cierto rechazo hacia él. Las mujeres, por ejemplo, son menos bromistas que los hombres. Es muy difícil que las mujeres se lo tomen todo a broma. Es raro

que haya mujeres completamente escépticas porque siempre encontrarán algo que se puede mejorar. La inteligencia de la mujer está más arraigada a lo real, incluso sentimentalmente, es más difícil que se vaya por las nubes, y por todo ello puede decirse que no siente mucha simpatía por el ingenio.

Es cierto que hay muy pocas mujeres que hayan hecho profesión de ingeniosas. Sí es cierto que hay actrices cómicas, pero no ingeniosas.

P.—*Tampoco hay mujeres que se hayan dedicado al aforismo.*

R.—El ingenio va unido al exceso. Para devaluar las cosas, tienes que tener pocos sentimientos hacia esas cosas. El ingenioso es muy frío. Un ejemplo de Ramón Gómez de la Serna, tan cercano al aforismo: «Al amputado de los dos brazos le han dejado en chaleco para toda la vida». Es muy duro, es una frase en la que, en principio, el que la dice nunca a va a ser el propio amputado y, en segundo lugar, está referida a un amputado lejano, a alguien a quien no conoce o en todo caso por el que no siente ningún respeto o proximidad. El ingenio es frío e insensible. Freud lo planteaba un poco al revés. Si consigo reírme de las cosas, me insensibilizo hacia ellas y ya no me hacen daño.

Huye de las normas porque le coaccionan, huye de los sentimientos porque le comprimen, huye de la realidad porque le esclaviza. El ingenioso siempre está huyendo, por eso dice que nada tiene importancia, que nada vale la pena, etc.

Y la mujer difícilmente cae en esas actitudes. Yo creo que, tal vez por la devaluación sistemática a la que se ha sometido a la mujer, ellas se valoran más a sí mismas, aunque no lo crean a simple vista. Cuando el ingenio lo llevas a su máxima expresión, se convierte en cinismo. El ingenioso acaba no creyendo en nada, ni siquiera en sí mismo. Dice que todos somos un desastre, y que él también lo es. A la mujer toda esta actitud no le interesa mucho, le puede divertir, como a todo el mundo, pero no le interesa la ingeniosidad como forma de vida.

P.—*Ortega y Gasset, en su opinión, es un filósofo ingenioso o inteligente.*

R.—Su caso es muy parecido al de Sartre. Se trata de dos filósofos muy ingeniosos, que en muchas cosas se dejaron llevar de la ingeniosidad aunque hicieron esfuerzos por salir de ella. El tipo de ingenio de Ortega es teorizador. Organizaba una teoría sobre cualquier cosa. De modo que no es tanto que hiciera siempre filosofía, sino que se le ocurrían muchas cosas. También es cierto que no se quedó ahí solamente. Y él mismo se daba cuenta de que había que parar el ingenio y lo hizo y gracias a eso pudo escribir libros de filosofía importantes. Era ingenioso, se divertía con ello. Le gustaba ser brillante. A Sartre le pasaba igual. Era un ingenioso puro y duro.

P.—¿Cómo se vinculan entonces inteligencia y moral?

R.—Uno de los enlaces a través del cual se comunica la teoría de la inteligencia con la moral lo ha estudiado muy bien el psicólogo Piaget cuando reflexiona en qué

momento el niño empieza a ponerse en el lugar del otro, y en el momento en que consiguen hacer esto, una acción o un suceso determinado comienza a juzgarse de otra manera. Empiezan a poder jugar a juegos que implican reglas, o convenios que deben ser respetados porque si no hay juego. Todo eso son ya operaciones que requieren inteligencia.

Por eso a mí me parece que el ingenio implica una cierta vuelta a la situación de la infancia. Los ingeniosos tienen a la infancia como su etapa ideal, porque en ella no había reglas.

El trato con un ingenioso a la otra persona le puede enloquecer, porque al ingenioso cuando se le exige algo va a responder con una gracia; que es lo mismo que escaparse, salirse de todo control. Una gracia sobre el mismo, algo como no ofrecer resistencia, pero eso también produce estragos.

P.—*Todo esto de lo que habla implica la elaboración de teorías que hacen converger los campos de la psicología, la filosofía y la moral.*

R.—Pero todavía lo complico más. Lo que a mí me interesa es conocer la inteligencia, cómo funciona ella misma y que función tiene en la vida de las personas. Y el tema de la inteligencia, que durante mucho tiempo perteneció a la filosofía, que pasó después a la psicología, ahora resulta que lo están estudiando ciencias nuevas, tales como la lingüística, la psicolingüística (Chomsky quería hacer una teoría de la inteligencia, no tanto de la sintaxis); la neurología, una rama de la psicología, la psicología cognitiva, la ciencia de la inteligencia artificial, etc. El estudio de la inteligencia es el asunto central de lo que queda de siglo. La Inteligencia deja de ser una habilidad para convertirse en la función de supervivencia del ser humano. Lo que no es muy inteligente es un comportamiento que lleve a la destrucción.

Un razonamiento se distinguía si era correcto —si sigue las leyes de la lógica— y si es verdadero. Es decir, que un razonamiento puede ser correcto pero no verdadero. «Todos los hombres son gatos./ Sócrates es hombre./ Luego, Sócrates es gato» es un razonamiento correcto pero obviamente no es verdadero.

Gran parte de las mediciones que se han venido haciendo de la inteligencia eran puramente formales y se dejaban de lado los contenidos.

Ahora se trata no sólo de que la inteligencia juegue el juego de la razón sino de considerar los objetivos. Es decir: jugar sí, pero para algo. Antes los fines no se consideraban importantes y por tanto la inteligencia era compatible con todo. Una persona podía ser muy inteligente y destructor, o ser muy inteligente y no entender nada de la vida.

P.—*La educación —dice en su libro— debe tender al desarrollo de la atención inteligente, de la mirada inteligente, de la imaginación inteligente. ¿Cree que, actualmente, la educación en España está cumpliendo esas tres funciones?*

R.—No. La reforma de la LOGSE, que no está mal pensada, que no está mal teorizada, va a tener muchas dificultades para ponerse en práctica —pienso— por falta

de medios. Por poner algún ejemplo, recientemente he tenido noticias de un profesor de educación física al que le han dado un puesto de matemáticas; las plazas de música se las han dado a gente de Historia, plazas de dibujo se le conceden a personas cuya especialidad es la literatura, etc. Si empiezan con este baile, y siguen no valorando al profesorado, la cosa puede ir mal. Esto sucederá si no se reconoce el valor social del profesorado, que es absolutamente imprescindible para el éxito de su tarea. Esto que no es algo que tenga que ver con el amor propio, si el profesor no tiene un papel socialmente muy reconocido, su enseñanza es casi ineficaz, porque se mueve por unos conductos muy peculiares, en los que la actitud del alumno respecto del profesor, influye en el rendimiento de aquél. El alumno que estudia con profesores interinos aprovecha menos que los que lo hacen con personal estable. Esto lo hemos comprobado en mi instituto.

Vivimos en una época en la que casi todo se está devaluando. Una vez que todas las cosas estén devaluadas, vamos a decir, bien ¿y ahora qué? Nada va a valer la pena. El esfuerzo no servirá para nada. Una de las condiciones del ser humano es que no puede vivir sin venerar alguna cosa, y esa veneración no es una esclavitud como podría decir el ingenioso, sino algo que nos da razones para conseguir nuestros objetivos. Claro que vale la pena que el alumnado salga bien preparado. También vale la pena que sepan disfrutar con la literatura, etc.

Uno de los fundamentos de la moral, desde este punto de vista, sería entonces el siguiente: resulta que el comportamiento de las personas que me rodean influye definitivamente en el mío. Entonces, aunque sea por una especie de razón ecológica, si yo puedo pedir que la gente no eche humo, también puedo exigir no recibir informaciones polucionantes o actitudes contaminantes, tales como la violencia, la acritud, el desprecio de unos a otros. Y yo no quiero vivir en medio de un ambiente con esos elementos.

Todos estamos unidos entre nosotros por miles de lazos, y no es indiferente para los demás nada de lo que hagamos cada uno. Esto que para un ingenioso puede ser una tortura o una especie de condena, resulta que no lo es tanto. Porque si hay algo que resulta destructivo para una persona es considerarle absolutamente insignificante.

P.—*¿A qué se debe el cambio del papel social del profesorado a que antes se refería?*

R.—Por una parte, al desprestigio de los valores culturales y por otra al sobreprestigio de los valores económicos. Sólo tienen importancia social los trabajos que están bien remunerados y las enseñanzas que conduzcan a estos trabajos. Después, se ha confundido la tolerancia con el hecho de que algunas funciones necesitan una autoridad, de modo que el papel del profesor, que tiene que imponer normas a sus alumnos, que tiene que ejercer una autoridad, ha sido también afectado por esta especie de miedo a la autoridad, por esta idea falsa de que toda autoridad es una tiranía. Con lo cual hay clases que son un desbarajuste por el simple hecho de que nadie se atreve a llamar la atención a los alumnos.

Se pone de moda, por ejemplo, el concepto de consenso. Muchos profesores dicen en sus exposiciones

ante un tribunal: «Tendremos que consensuar el programa o la lección según el criterio de los alumnos. Cada uno da su opinión y al final consensuamos la opinión de toda la clase». O, en otra variante: «Hay que negociar con el alumno las evaluaciones». Todo eso refleja un sentimiento de inseguridad en el profesorado que parece que si afirma un poco su postura de profesor se está excediendo y está atentando contra algún derecho básico del alumno. También se debe a que la consideración laboral del profesor por parte de las Administraciones es a veces muy ofensiva; no ha puesto interés en valorar la figura del profesor. El hecho de que en la enseñanza oficial haya 40.000 interinos es algo disparatado.

P.—*En otro momento del libro dice que madurar es endurecerse...*

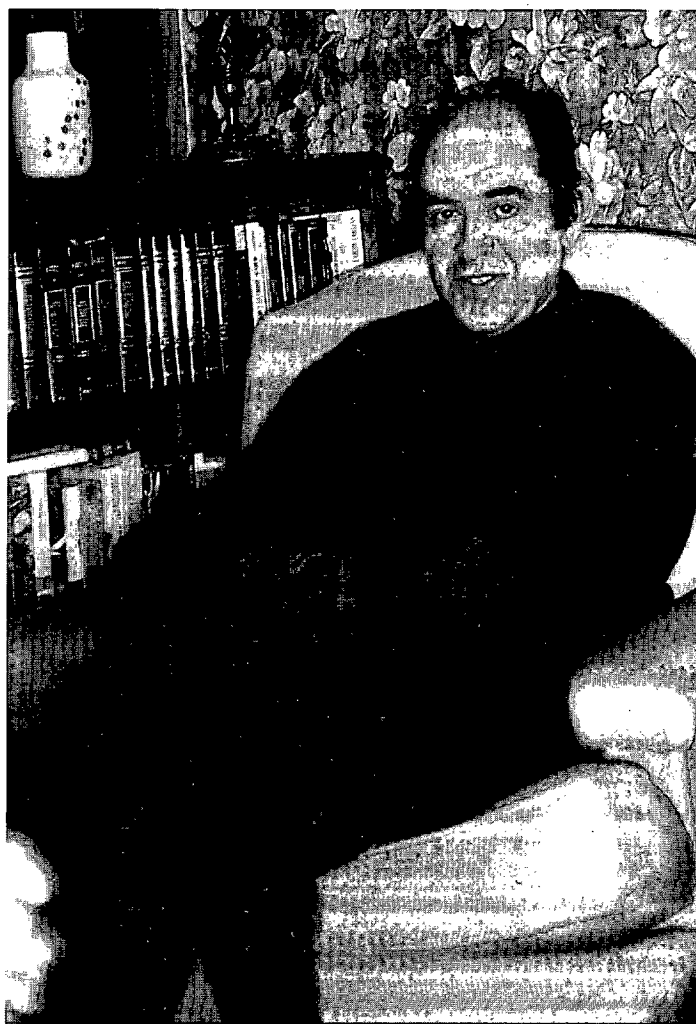
R.—Lo que estaba haciendo ahí era reflejar la postura de buena parte de los artistas modernos, cuando expresan: «Yo no puedo tener técnicas porque si me aferro a ellas me estoy endureciendo, por el contrario se me tiene que ocurrir cada día una cosa nueva».

Las funciones psicológicas e intelectuales pasan también por modas. Durante los últimos 20 ó 25 años ha habido una función intelectual que estaba pasada de moda y que se consideraba incluso retrógrado mencionarla: me refiero a la memoria. Se considera que la memoria era un elemento de conservación de cosas ya pasadas, ya vistas y que si queríamos tener mentalidad creadora no se debía utilizar la memoria, lo cual es disparatado, porque percibimos desde la memoria, producimos cosas o ideas desde la memoria, y si no tuviéramos memoria no reconoceríamos ni siquiera nuestra casa. Ese fenómeno estaba provocado por un rechazo al exceso de memorismo, de aprendizaje de memoria que se dio en una época. Pero estaban olvidando que el aprendizaje de las habilidades también es un aprendizaje de la memoria. Se pueden aprender habilidades, hábitos creadores en vez de limitar nuestras posibilidades, las aumentamos. Y ése es el gran tema de la educación.

Los grandes artistas tienen hábitos creadores, habilidades, que no les endurecen sino que, por el contrario, gracias a ellos pueden adquirir otras habilidades y construir nuevas formas creativas. La inteligencia es, en este caso, una especie de flexibilidad que nos permite a partir de hábitos muy estables crear combinaciones nuevas.

Ese es el terreno en el que la educación debería moverse: crear un tipo de hábitos tan flexibles, que después pudieran utilizarse para diversidad de tareas creadoras.

Defino la inteligencia como la capacidad para suscitar, controlar y dirigir nuestras actividades mentales. Tenemos actividades mentales similares a los animales: vemos como ellos, recordamos, fijamos la atención, formamos conceptos. Pero ¿cuál es la diferencia entre nosotros y los animales? Pues que en los animales su comportamiento está dirigido por los estímulos, mientras que en la persona ella misma dirige sus comportamientos. ¿En qué se diferencia la mirada de la persona de la del animal? La mirada del animal sobre un objeto lo analiza de una sola manera, en cambio la mirada humana puede hacerlo de muchas formas distintas. El edificio es el mismo, la



José Antonio Marina

persona es una pero en función de su interés podrá mirar o contar sus ventanas, mirarlo y admirar su belleza. Dirige la mirada conforme a su proyecto y eso hace que la mirada humana pueda ser una mirada inteligente. Multiplica su eficacia, mezcla información, elabora con ella otras cosas, etc.

En el momento en que cada una de esas funciones (la atención, la memoria, la mezcla de diversas informaciones, etc.) es capaz de autodeterminarse, entonces los resultados que se adquieren son fantásticos, multiplican su eficacia, al ser capaces de expandir la inteligencia de tal modo que, al cabo de muchos siglos, nos ha acabado diferenciando de los animales.

Por todo ello puede decirse que la inteligencia humana es una inteligencia animal transfigurada por la libertad. Por eso el tema de la libertad, el hecho de que seamos capaces de dirigir nuestros pensamientos, nuestros actos, no se puede eliminar de la teoría de la inteligencia y por eso al hablar de la libertad tenemos que hablar también de ética.

Por eso también Aristóteles no separó nunca la inteligencia y la ética; las ha separado mucho después la psicología cuando confundió la inteligencia con el mecanismo de hacer operaciones, pero ahora nos interesa reintegrarlo a su verdadera dimensión para concluir diciendo que la persona más inteligente es la persona que se comporta mejor moralmente, y esto suena muy raro. ■